



Prefacio a la primera edición

Andaba el otro día dando vueltas buscando un libro en una conocida librería del centro de Madrid, ¡qué extraño en mí! Se trataba de un manual de estilo catalán: en Cataluña hay una interesante y dinámica escuela ortotipográfica y me interesaba tener la última edición del libro, no solo por este tema concreto, que trata con mucho detalle, sino también por algunos apartados relacionados con las notaciones científicas.

Comienza la búsqueda: ¿dónde se podrá encontrar? El estilo y la ortotipografía están relacionados con la lengua, pero también con la industria gráfica y la tipografía, así que voy probando en esas secciones sin mucha suerte: tampoco me extrañaba, porque era un libro en catalán.

Pero mientras buscaba, me percaté de lo poco que hay, es decir, del poco interés en los aspectos formales, no lingüísticos, de la presentación de los textos escritos. La mayoría son de medios de comunicación y se suelen centrar en el léxico y la gramática, sin entrar mucho en los detalles formales. También me quedaba claro que el estilo editorial es una especie de tierra de nadie en España, cuya importancia apenas se aprecia y que viene a ser un aspecto muy secundario de no se sabe muy bien qué.

Si encontrar un libro de estilo general, excluidos los de los medios, es tarea difícil, no digamos los especializados. No solo la producción autóctona es escasa, sino que a veces se ven versiones de manuales anglosajones que no van más allá de la traducción y que ni siquiera se molestan en adaptar el contenido; he llegado a ver recomendaciones sobre gramática escritas para el inglés que se dan por buenas ¡como si la gramática española fuera la misma que la inglesa!

La mención de las obras anglosajonas no es casual, pues pocas lenguas cuidan tanto los detalles formales de los documentos, incluidas la ortotipografía y las notaciones. Hay manuales de estilo para casi todo, y en todos los organismos o entidades que tengan que preparar escritos no puede faltar el suyo propio adaptado a sus necesidades o, al menos, uno que se adopte como básico (como los clásicos de Chicago o del CSE, por ejemplo). No es difícil encontrarlos en una librería de, digamos, Londres o Nueva York, y todas las organizaciones científicas han publicado su manual escrito por profesionales especializados en la edición, la corrección o la traducción de sus materias, de las que, además, son expertos: química, física, matemáticas, medicina, biología, psicología... No importa de qué tratemos: ahí tendremos siempre esa ayuda que nos dirá si un determinado taxón se escribe en cursiva, si un símbolo de unidad lleva punto o dónde resultan apropiados los paréntesis en una fórmula matemática.

Así pues, en el mundo anglosajón tienen claro que el fondo de poco sirve si la forma no le acompaña; sería difícil que a alguien se le ocurriera decir cosas que sí se oyen en España, como «Sí, bueno, pero se entiende, ¿no? ¡Pues entonces!» o «Si incluyo una bibliografía doy a entender que no he hecho más que copiar lo que dicen otros». Así que el primer paso, me atrevería a decir que la primera batalla, es conseguir que se reconozca que un escrito mal presentado y que no cuida los aspectos formales es una invitación a *no* leerlo, a pasarlo por alto como un trabajo descuidado en todos los aspectos. Si, por ejemplo, en un artículo una persona no emplea correctamente los nombres químicos, con su correcta puntuación,

quien lo lee solo puede pensar que realmente no sabe de lo que habla.

En la comunicación científica se emplean en esencia tres tipos de lenguajes: los naturales, los simbólicos y las nomenclaturas. Los lenguajes naturales nos sirven para nuestra comunicación verbal y por tanto han de seguir las normas propias de cada lengua. Los lenguajes simbólicos se basan en elementos gráficos y combinaciones de ellos, de forma que nos permitan las manipulaciones formales según ciertas reglas (las matemáticas son, sin duda, el ejemplo paradigmático) y que además son, en buena medida, universales. Las nomenclaturas están en un punto intermedio, pues combinan elementos textuales con otros más formales y basados en ciertas convenciones: la taxonomía de seres vivos se basa en emplear palabras latinas, los compuestos químicos se basan en el empleo de un buen número de signos y símbolos combinados con palabras de la lengua natural creadas según ciertas normas.

En este libro se tratan diversos temas de la comunicación científica relacionados con estos tres aspectos básicos. Los capítulos 1 y 2 se centran en la lengua natural. El capítulo 3 sigue con la lengua natural, aunque trata ya ciertas notaciones simbólicas, que serán el tema principal del capítulo 4. Finalmente, los capítulos 5 y 6 se dedican a la nomenclatura química, y en especial a la que tiene relación con la medicina. Son tal vez estos dos últimos capítulos los más valiosos para entender las complejas interrelaciones que hay entre la lengua natural y la simbólica y la importancia de saber delimitar dónde empieza una y acaba la otra.

Conviene en este punto aclarar el papel de la Real Academia Española (o, más recientemente, la Asociación de Academias de la Lengua Española), que es el organismo regulador de la lengua española, es decir, de la lengua natural que empleamos los hispanohablantes para nuestra comunicación verbal. Por otra parte, las normas internacionales rara vez regulan las lenguas naturales, y es lógico que así sea porque es imposible establecer normas que sean válidas para los miles de lenguas y las decenas de sistemas de escrituras existentes. Cuando lo hacen, se trata de directrices muy generales, es decir, de pautas

que han de tener las oportunas adaptaciones a la lengua de destino. Las lenguas naturales quedan así reservadas a cada comunidad lingüística y sirven a cada una de ellas.

Por tanto, cuando se trata de materias no lingüísticas, la Academia solo puede ser, a lo sumo, un mero transmisor; por desgracia, no siempre lo ha sido, y a este respecto podemos recordar que tardó casi medio siglo en adoptar el Sistema Internacional de Unidades. En la actualidad, por fortuna, la Academia ha abandonado su actitud de resistencia ante lo que le venía de fuera y se ve una clara voluntad por ir recogiendo una serie de normas que ya son comunes en todo el mundo; un buen ejemplo es su apoyo decidido a separar los miles con espacios finos, en lugar de con puntos. El problema surge cuando, en su tarea de transmisión, no llega a entender realmente las normas internacionales, algo por lo que no se la puede culpar, porque tampoco tiene por qué entenderlas; sin embargo, es evidente que está empezando a tomar el camino correcto. Hay que señalar que estas dificultades no solo se encuentran en las obras académicas, sino en otras muchas preparadas por no científicos.

Las normas evolucionan constantemente y para estar al día es necesario un trabajo continuo: por ejemplo, la norma del SI se renovó en 2006 y se volverá a revisar en 2011, tal vez incorporando el nuevo Sistema Internacional de Magnitudes, ya parcialmente publicado; la nomenclatura química introduce continuos reajustes; los matemáticos no dejan de introducir nuevas notaciones para los nuevos conceptos que van descubriendo o ideando... Por ello, una recomendación final: una vez dado el primer paso de reconocer la necesidad de tratar adecuadamente los aspectos formales de las notaciones y la nomenclatura, no basta con conocer las normas básicas, sino que es necesario —al menos para quien quiera dedicarse profesionalmente a la edición— profundizar, saber dónde encontrar la información y tener la capacidad de entenderla para aplicarla.

Que este libro sirva de puerta para este fascinante y bello mundo.

Javier Bezos López
Setiembre de 2009